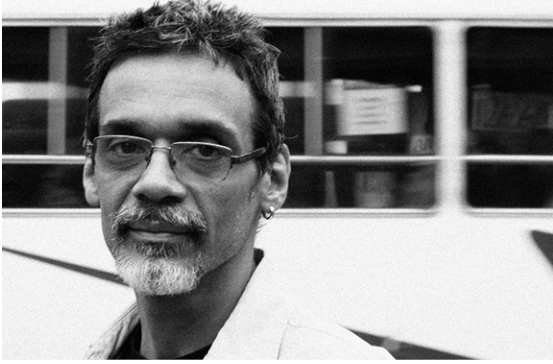


Héctor Torres

Presencias extrañas





Héctor Torres (Venezuela, 1968). Autor de *El amor en tres platos* (2007), *La huella del bisonte* (2008), *El regalo de Pandora* (2011), *Caracas muere* (2012), *Objetos no declarados* (2014) y *La vida feroz* (2016). Es editor en jefe de La Vida de Nos (www.lavidadenos.com).

 [@hectorres](https://twitter.com/hectorres)

 [@hectorresc](https://www.instagram.com/hectorresc)

© Héctor Torres, 2021
© Ediciones Punto Cero, 2021
© Alfa Digital, 2021

Reservados todos los derechos.

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluido cualquier tipo de tratamiento informático.

ISBN (edición digital): 978-84-124858-4-4
ISBN (edición impresa): 978-84-124204-7-0

EDICIONES PUNTO CERO

e-mail: contacto@edicionespuntocero.com
www.edicionespuntocero.com

 [@ed_puntocero](https://twitter.com/ed_puntocero)

ALFA DIGITAL

e-mail: contacto@alfadigital.es
www.alfadigital.es

 [@alfadigital_es](https://www.instagram.com/alfadigital_es)

Corrección de estilo

Carlos González Nieto

Imagen de cubierta

El autor en el pico Humboldt.
Mérida, Venezuela, 1982.

Retrato del autor

© Efrén Hernández

Maquetación

Ediciones Punto Cero

Diseño de cubierta

Ulises Milla Lacurcia

Héctor Torres

Presencias extrañas

PUNTO
CERO

Conenido

[De memorias y fantasmas](#)
[Su cuartel de invierno](#)
[Como cuando se liga una llamada](#)
[Lo dijo por poco tiempo](#)
[La ciencia de poner el acento](#)
[Un regalo que se veía solo por dentro](#)
[La primera mujer](#)
[Los dos pies en el mismo lugar](#)
[El eterno hermano menor](#)
[El paraíso perdido](#)
[Una gran responsabilidad](#)
[La venganza de los ángeles](#)
[Los salvadores abandonos](#)
[En el bosque de los otros](#)
[Una novia y un empleo, con sus adioses](#)
[Los universos paralelos](#)
[Las dos categorías](#)
[Viajes de ida y vuelta](#)
[La época más gloriosa](#)
[El nombre del personaje](#)
[La desaparición del hombre alto](#)
[Lo que dejan quienes nos dejan](#)
[Saben de ritmo porque saben de sentimiento](#)
[Pésimos aprendices](#)
[Lo que habla por nosotros](#)
[La mitad más larga](#)

A Wilmer, mi hermano, quien dejó a su paso un camino de amor y alegría que nos tocará transitar en su nombre.

Y a la bendición de su vida entre nosotros.

Mis palabras de agradecimiento a todos aquellos que, voluntaria o involuntariamente, fueron hitos o encrucijadas de estos caminos.

Y a mi amigo y editor, Ulises Milla, quien acogió este proyecto con entusiasmo.

To be in time means to change.

C. S. Lewis

...un libro y en sus páginas la ajada violeta, monumento de una tarde sin duda inolvidable y ya olvidada...

Jorge Luis Borges

De memorias y fantasmas

*Ahora sabemos que los recuerdos no están fijos ni congelados (...)
sino que se transforman, se disgregan, se reensamblan y se
recategorizan con cada acto de recordar.*

OLIVER SACKS

SI LOS RECUERDOS VIVEN dentro de nosotros, y si todo lo que está vivo se mueve, ¿por qué no lo iban a hacer aquellos cada vez que los convocamos? Siendo así, ¿qué de lo que se cuenta no es ficción siendo que toda memoria es alteración? ¿Qué no es real siendo que toda recreación parte de nuestra experiencia? Más aún, ¿qué de aquello que damos por testimonio fiel no está contaminado del anhelo de lo que pudo haber sido y no fue?

Toda historia es una reinención de la realidad, no la realidad. Por ello, no es importante buscar cuánto en ella hay de verdad y cuánto de mentira, sino cuánto hay de conmovedor. Después de todo, cada emoción contiene su propia verdad.

Para resguardarlos del olvido convertimos los recuerdos en palabras que arman relatos. Que les dan sentido. Pero en cada nueva versión se van alejando de la impresión inicial, para convertirse en la expresión de lo que decidimos contarnos. Los momentos inolvidables de nuestras vidas son, en última instancia, símbolos de algo. Por eso, para irse acercando a ese símbolo, siguen mutando.

Importa menos cómo sucedió que lo que terminó simbolizando.

Estamos hechos de ingredientes tan inasibles como los arrepentimientos por lo que hicimos o dejamos de hacer, las percepciones de lo que fuimos o lo que vivimos, afectos, dudas, culpas, rencores y empeños. Al fin y al cabo, la vida que juramos haber vivido está hecha de la misma materia que los fantasmas.

Los fantasmas de estos relatos dibujan un arco en la vida del personaje, sin verdades absolutas ni certificación de origen. Son historias bañadas por las aguas de lo que fue y de lo que pudo ser. De momentos que creo recordar y de lo que di por sentado que sucedió. Metáforas, en fin, que sirven para asentar nuestro errático paso por la vida. Y como tales, y no como otra cosa, se aconseja que sean leídas.

Su cuartel de invierno

*But to get there he will need a helping hand. It's where he is now
but it wasn't what he planned.*

DAMON ALBARN

TENÍA LOS OJOS AZULES y el cabello oscuro. La imagino delgadita y con uno de esos vestidos que mostraban sus rodillas huesudas. Allí estaba, con sus diez años, caminando con su hermanita bajo el sol de Maracay, luego de haber esperado en vano y concluir que nadie las iría a buscar.

Dos huérfanas, en el Maracay de un impreciso año de esa década del 1910.

Una de esas historias tan increíbles como comunes entonces, donde la palabra «huérfano» adquiere toda la dimensión de su trágico significado.

Vivían solas con su mamá, luego de que a Lourdes, la mayor de las hermanas, de unos catorce quizá, se la llevara un hombre a caballo y el papá hubiese desaparecido.

Dos niñas que vivían con su mamá en un hogar lleno de carencias, si se me disculpa el involuntario oxímoron. Un día la madre enfermó. Tuberculosis. Vivió su agonía con estoicismo y, con estoicismo, cuando previó el fin indicó a sus hijas dónde estaban la aguja y la tela con la cual la debían amortajar.

Juro que así lo cuenta ella. Y, según eso, así lo hicieron. No queda claro en el relato, pero es de suponer que algunos vecinos las ayudaron a enterrarla. La siguiente instrucción que les dejó su mamá antes de morir, luego de

amortajarla y enterrarla, era que prepararan sus cosas y que esperasen a que una tía las pasara buscando.

Como ya se dijo, eso no ocurrió. Neria agarró entonces a su hermanita y, atravesando a pie buena parte de ese pueblo grande y caluroso llamado Maracay, llegaron hasta la casa a donde se suponía que las iban a llevar.

Y ya que llegaron, no hubo consuelo ni consideraciones ni paseos ni dulces para hacerles menos traumático el trance. Sí hubo, en cambio, mucha ropa que planchar y muchos pisos que fregar y muchos platos que lavar.

Al parecer fueron separadas. Ese hecho no es unánime en las distintas versiones. En una de ellas, cada una fue a servir en una casa distinta. Y lo hicieron hasta que pudieron independizarse y otras ocuparan su lugar. En una época en la que la gente moría de cualquier cosa, no faltaban huerfanitas que llenaran el vacío del servicio doméstico.

Así inició su vida adulta. No tuvo tiempo, no ya de vivir su duelo, sino siquiera de ser niña. La muerte de la madre y la separación de su hermana fueron las primeras de una lista de pérdidas que enfrentó a lo largo de su vida. Pérdidas físicas. Tangibles. Y por más que lo hubiese sentido, porque tuvo muchas ocasiones para practicarlo, ese aturdimiento que roe las entrañas siempre la agarraba de sorpresa.

Pérdidas espaciadas por períodos de ausencia de dolor. Eso era lo más parecido a la felicidad que conoció durante mucho tiempo. Ya mujer, se presentó en forma de abandono del hombre que la dejó con dos hijos a los que debía dar de comer. Luego, con el hombre con el que sí hizo familia, seguirían las pérdidas. Un hijo al nacer. Una hermosa niña, a los pocos años de vida. Luego ese marido bueno. Ya

viuda, un hijo adolescente, ahogado en una playa a la que fue de paseo con su hermana y su cuñado.

Pérdidas y dolor, empozados en sus ojos azules, lejanos incluso al sonreír.

Ese historial de tajos arrancados pesó para que decidieran no informarle, ya anciana y enferma, que su hijo mayor había muerto antes que ella. Pasó algún tiempo extrañándose de no verlo aparecer los 24 de diciembre, cuando la visitaba por breves horas, arrepentido de la vida que había llevado y con propósitos de enmienda que se evaporaban junto al alcohol en su torrente sanguíneo.

Quizá por eso le resultaba difícil la emoción desbordada y la frívola alegría. Vivía dentro del apretado círculo de emociones que se permitía expresar. Prefería evitar la bulla, no sea cosa que el dolor se acordase de ella. Atrincherada ante los disparos que, cada tanto, le lanzaba con despiadada puntería.

El desconcierto de mi abuela cuando, siendo niña, la llevaron a un hogar donde tuvo que trabajar para ganarse el pan, la viudez, el miedo a esa pobreza de la que huyó durante tanto tiempo... todo eso sigue en la sangre, como ríos que nos llevan por paisajes que, cuando se vuelven a contemplar, descubrimos conocidos.

La memoria de nuestros mayores nos pertenece. Nuestros intentos de prosperar son una extensión de ellos. Por eso se alegran con los logros de la descendencia. Saben que en esa evolución se cuele algo de su propia vida. Una versión mejorada, o una segunda oportunidad. Y su historia es parte de mi propia historia. Por mi sangre viaja esa cautela de aliviarme cuando pasa el peligro en lugar de ilusionarme cuando se asoma la posibilidad.

La historia que nos contamos se nutre de las historias que los mayores nos contaron. Ella hablaba de una Mamá Antonia, lo más cercano a una madre que conoció en la casa donde fue a vivir siendo huérfana. Y de esas jornadas de trabajo que comenzaban al alba.

Y en ese pulso impreciso de su memoria conocería a Juan de Dios. Y, junto a los dos hijos que ya tenía, siguió atendiendo al mandato de poblar la tierra, al igual que lo haría Silvia, que tuvo dos hijos y un marido celoso al que se acostumbró a querer y al que sobrevivió un tiempo.

En ese relato que ella no cuenta de sí misma se entiende su sentido del amor. De la satisfacción de atender, más que del placer de recibir. Una forma de la felicidad comprometida y, sobre todo, austera. Pocas veces la vi ventilar sus emociones fuera de ella. Pocas veces se regaló placeres distintos a atender. Todo lo que era lo llevaba consigo, desde que era aquella niña que metió unos vestiditos, unas medias y unas pantaleticas en una maleta a la que se sujetó fuerte cuando saldría para siempre de esa casa en Maracay, en la que nació y que había conocido como su hogar, hacia un destino que terminaría siendo su camino.

Todo lo que tenía (y eso incluía su familia) lo cuidaba como el pastor que vigila en la sombra, con mirada satisfecha, que el rebaño pascie apaciblemente. Fue por eso que, cuando aquella hija que salió a trabajar para que la madre viuda no lo hiciera se la llevó a su nuevo hogar, siendo la joven divorciada que pasaría a ser, entró en el amable ocaso de una vida que no había tenido sino frentes de batalla.

Fue su apacible cuartel de invierno. Una demorada manera de encontrar su lugar. El sitio donde desarrollar su